

La primera tarde después de Navidad

Marta Rivera
de la Cruz

Ilustraciones
de Rafael Vivas



V PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

La primera tarde después de Navidad

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

Ilustraciones de Rafael Vivas

ANAYA

© Del texto: Marta Rivera de la Cruz, 2008
© De las ilustraciones: Rafael Vivas, 2008
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Primera edición, abril 2008

ISBN: 978-84-667-7681-3
Depósito legal: M. 16.935/2008

Impreso en ORYMU, S. A.
Ruiz de Alda, 1
Polígono de la Estación
Pinto (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	21
Capítulo tres	35
Capítulo cuatro	49
Capítulo cinco	59
Capítulo seis	69
Capítulo siete	79
Capítulo ocho	89
Capítulo nueve	99

*A mis tías, Cristina y Marina,
que me contaban cuentos.*

*A mis sobrinos, Marta y Nacho,
que escuchan los míos.*

Capítulo uno

Todo el mundo odia el primer día después de Navidad. Es raro levantarse de la cama y sentir que está próxima la vuelta al colegio, y ver a tus padres empezando a desmontar el Nacimiento y el árbol adornado. Los envoltorios de los regalos se apretujan en el cubo de la basura, y te das cuenta incluso de que algunos de los juguetes que te han regalado no eran tan divertidos como parecían en el anuncio. Por primera vez en muchos días, no hay ninguna fiesta a punto de celebrarse, y las vacaciones, que a principios de diciembre prometían ser eternas, están a punto de terminar. El primer día después de Navidad es una completa birria.

Sin embargo, este año ocurrió algo que vino a cambiarlo todo. Os voy a contar la historia, pero me tenéis que prometer que intentaréis creerla, por muy sorprendente y extraño que os resulte lo que vais a leer, y que sucedió, pre-

cisamente, el primer día después de Navidad. Concretamente, en la tarde del siete de enero.

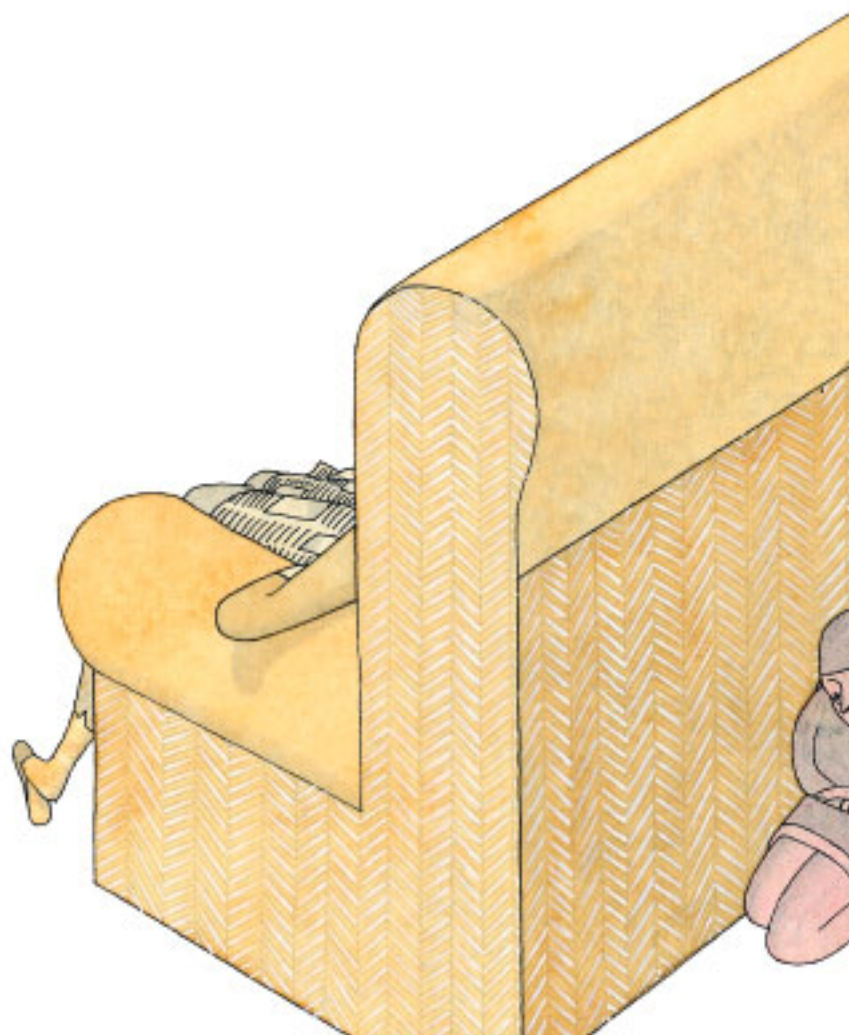
Todo empezó a principios de diciembre, cuando, sin querer, escuché una conversación entre mi madre y mi abuela. Ellas estaban en el salón. Yo jugaba a esconderme de mi hermano detrás del sofá grande, y ni mamá ni la abuela Blanca se dieron cuenta de que estaba allí. A mí me parecía muy divertido permanecer agachada y calladita, casi sin respirar, y después de un buen rato salir de un salto de detrás del sofá para sorprenderlas y darles un susto. Como pensaban que estaban solas, empezaron a hablar.

—Esta mañana he recibido carta de Melinda —dijo la abuela, creo que sin levantar los ojos de la labor de calceta—. Regresa a la ciudad

—¿Cómo que va a volver? ¿Cuándo?

—Dentro de unos días; para Nochebuena.

Melinda..., la tía Melinda era una amiga de la abuela a la que no habíamos visto nunca, pero que nos mandaba regalos maravillosos por nuestros cumpleaños y por Navidad, y a veces cajas de bombones riquísimos y tarros con caramelos de colores. La tía Melinda vivía muy lejos, en el quinto pino y más allá, y por eso no la podíamos visitar y teníamos que conformarnos con recibir sus cajas de dulces y



aquellos juguetes tan bonitos y escribirle cartas de agradecimiento que la abuela se ocupaba de enviar.

La verdad es que ni mi hermano ni yo pensábamos demasiado en la tía Melinda, excepto cuando llegaba alguno de aquellos paquetes que enviaba desde el fin de mundo. No sabíamos cómo era, si llevaba gafas gordas, si tenía el pelo rojo o los dientes salidos, pero, la verdad, tampoco nos importaba mientras continuase siendo tan generosa en sus envíos.

—Bueno ¿y cómo está?

—Bien, ya sabes como es. Me envió recuerdos para ti —las agujas de la abuela hacían *tric-trac, tric-trac* mientras hablaba—. Iré a visitarla un día de estos.

Mamá no dijo nada. Yo no podía verla desde mi escondite, pero intuía que estaba seria.

—Y hay otra cosa... —las agujas se movían cada vez más rápidamente—. Melinda quiere ver a los niños

—¿Por qué?

Las agujas de la abuela se detuvieron en seco.

—Pues porque únicamente los conoce por las fotos que le mando. Los ha invitado a merendar en su casa.

Mamá guardó silencio de nuevo.

—Francamente —dijo por fin—, no me hace ninguna gracia.

—¡Patricia! ¡Es solo una merienda! Melinda se fue hace diez años, nunca ha visto a tus hijos y siempre se acuerda de sus cumpleaños, de sus santos...

...Y de que nos gustan los bombones, los mazapanes y los caramelos, tuve ganas de añadir yo, pero seguí bien callada porque, si me descubrían allí escondida, habría bronca seguro.

—Está bien —dijo mamá—. Los niños verán a Melinda antes de que se marche. Pero tienes que prometerme dos cosas: una, que tú y las tías iréis con ellos...

—¿Y la otra?

—Que no habrá trucos.

La abuela había vuelto a su calceta.

—Trato hecho.

Tuve que esperar un buen rato en mi escondite hasta que ellas salieron del salón para marcharme sin que me descubrieran. Pero aquella tarde, y también durante la cena, e incluso cuando me metí en la cama y cerré los ojos para dormir, no pude dejar de recordar las palabras misteriosas que había oído «no habrá trucos, no habrá trucos, no habrá trucos». ¿Qué habría querido decir mi madre?

Aquella noche tuve sueños muy raros, y hubiera seguido soñando cosas extrañas y dando vueltas a aquella frase de mamá de no ser porque llegaron las Navidades; y en Navidad, eso ya lo sabéis vosotros, se olvida uno de todo, excepto de lo fundamental: los regalos, las reuniones familiares, los turrónes y las peladillas... y la nieve.

Aquel año empezó a nevar el veinticuatro de diciembre, y siguió nevando con fuerza los días siguientes. Era raro que nevase tanto y durante tantos días. La ciudad estaba preciosa, con los tejados blancos y todos los árboles doblados por el peso de la nieve.

Una mañana, la plaza amaneció llena de enormes muñecos con zanahorias como nariz, ojos de carbón, sombreros de copa, bufandas y pipas de madera encasquetadas en la boca. No se había visto a nadie haciendo aquellos muñecos, así que se rumoreaba que su aparición era cosa de magia.

—Tonterías —había dicho mi madre—. Seguro que es culpa de algún bromista. De todas formas, son preciosos, ¿qué más da quién los haya hecho?

Mi madre tenía razón. ¿Qué importaba eso? Los niños estábamos encantados con aquellos enormes hombres de nieve y sus sombreros de

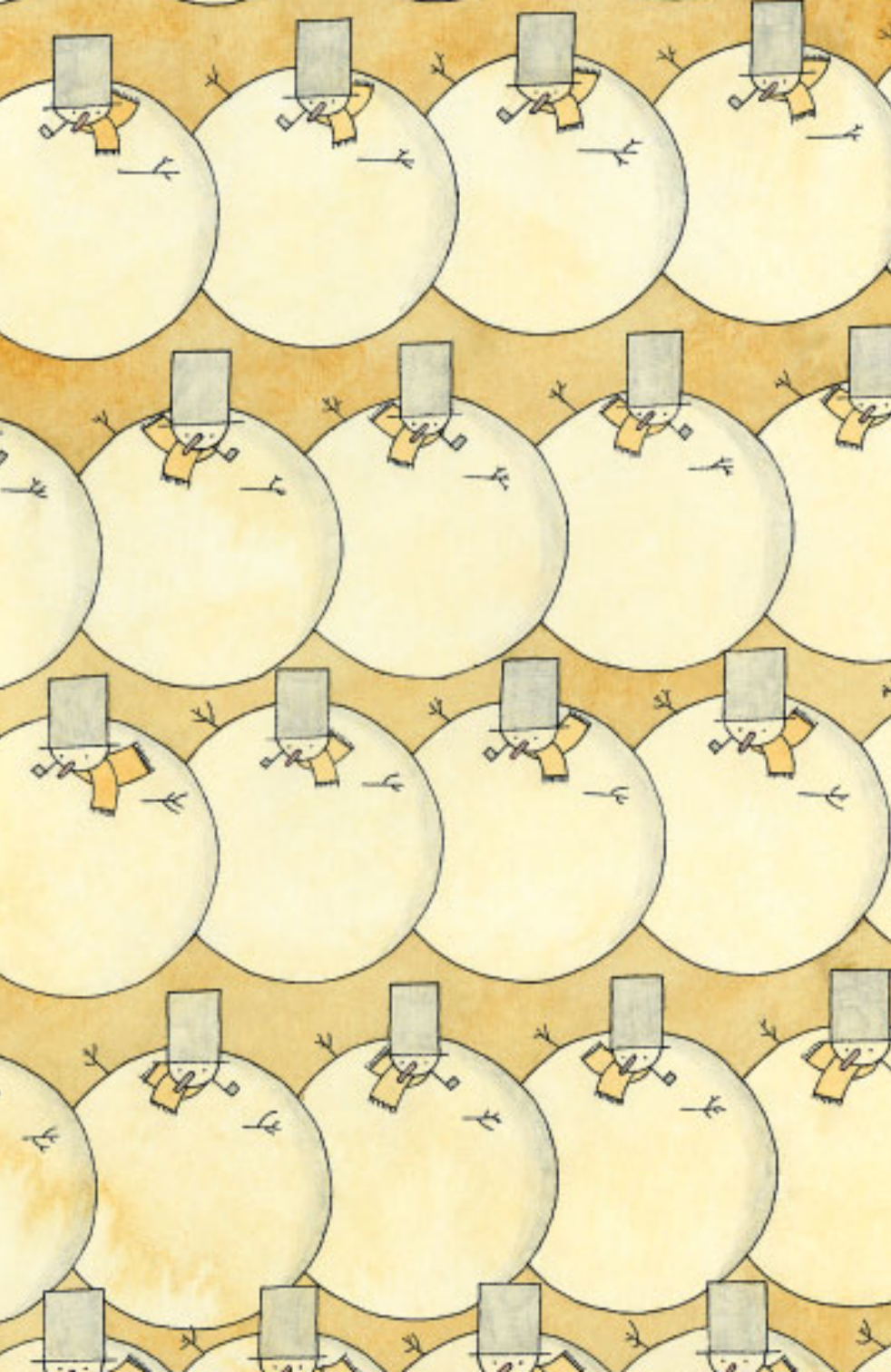
copa. Todos los días durante las vacaciones acudíamos a la plaza para asegurarnos de que seguían allí. Hacía tanto frío que era prácticamente imposible que se derritieran.

Aquellas Navidades fueron las mejores. Mi hermano Nacho y yo nos lo pasamos en grande, tanto que casi ni nos acordábamos de discutir.

Él y yo nos llevamos regulín regulán, a veces hasta nos llevamos fatal, y solo nos hablamos para chincharnos. Yo sé que eso fastidia mucho a nuestros padres, y a los abuelos; pero la culpa es de Nacho, que es un pesado y, además, un llorica.

Cuando nos peleamos —y sucede muy a menudo—, mamá se enfada; y, a veces, hasta se pone triste. Dice que los hermanos tienen que llevarse bien. Yo no digo nada, pero pienso que no llevarse mal con un tontaina como Nacho es más que difícil. Vamos, que es imposible.

El caso es que esta última Navidad nos divertimos tanto que nos peleamos menos que en cualquier otra época del año. Creo que por eso el tiempo transcurrió mucho más deprisa que de costumbre. Cuando uno se lo pasa bien, da la impresión de que los relojes se vuelven locos y avanzan más rápido; por eso las horas pasan a toda velocidad y sin que nos demos cuenta.



Así que llegó Nochebuena, y el día de Navidad, y el de los Santos Inocentes, y la noche de Fin de Año y Año Nuevo; y pasó la cabalgata de los Reyes Magos y la mañana llena de sorpresas del seis de enero.

Y, como todos los años, el primer día después de Navidad me desperté mustia y triste. Las cajas de los regalos ya esperaban el paso del basurero delante del portal, y mi madre y la abuela se afanaban en recoger los adornos navideños. Sí, el primer día después de Navidad es, sin duda, el más deprimente de todo el año.

—Buenos días, Marta. ¿Quieres desayunar? Todavía queda un poco de roscón de Reyes.

Dije que no con la cabeza. Ni siquiera tenía hambre, así que solo me bebí una taza de cacao.

—Trae esa caja, haz el favor.

Durante un rato, y de mala gana, ayudé a mamá y a la abuela a guardar las figuras del Belén y las bolas del árbol. Sentía ganas de llorar cuando pensaba que todas aquellas cosas tan bonitas se iban a pasar un año en un sótano húmedo y oscuro.

Estábamos cerrando la última caja cuando la abuela utilizó su tono más alegre para darme la noticia:

—Esta tarde nos lo vamos a pasar muy bien —dijo, y añadió—: vais a conocer a la tía Melinda.

De golpe recordé aquella conversación que había escuchado a escondidas cuando las Navidades aún no habían comenzado. ¡La tía Melinda estaba en la ciudad y quería vernos... y todo iba a suceder esa misma tarde! Casi de golpe y porrazo desapareció la tristeza, el malhumor, todo.

—Vamos a merendar en su casa —continuó la abuela.

—En realidad, solo estaréis allí un rato... —dijo mi madre.

—Sí, pero un rato muy largo. Ya verás qué bien lo vamos a pasar. A Melinda le gustan mucho los niños. Y las Tatinas también vendrán con nosotros.

Las Tatinas eran dos hermanas de mi abuela, Marina y Cristina, que nos querían mucho y venían a vernos casi todas las semanas. Ellas también eran amigas de la tía Melinda.

—¿Cuándo iremos?

—Después de comer, sobre de las cuatro.

—Tenéis que prometer que os portaréis muy bien, que obedeceréis a la abuela en todo lo que os diga y que no protestaréis cuando sea la hora de regresar a casa —añadió mamá muy

seria, mientras cerraba con cinta adhesiva una caja de cartón llena de figuras del Nacimiento.

Yo contesté que sí a todo. De pronto, el día se había vuelto menos triste y ni siquiera se me saltaron las lágrimas cuando ayudé a mi madre a sacar fuera el árbol de Navidad para que los empleados municipales lo llevaran a un vivero.

En la calle seguía nevando muy despacio. Llevábamos así desde el día de Nochebuena.

—Es muy raro que nieve de esta forma durante tantos días seguidos —comentó mi madre—. Es muy raro...

Pero yo ya no la escuchaba. Solo pensaba en la merienda en casa de la tía Melinda.